

América en los libros

Jorge Luis Borges, *Xosé Carlos Caneiro*, Espasa Calpe, Madrid, 2003, 243 pp.

Entre otras paradojas, Borges mostró su timidez en las esquinas menos favorables para alguien aquejado por esta contracción pudorosa: las conferencias, los coloquios y las entrevistas de radio y televisión. Por la misma fuerza del azar, una existencia de escaso zigzagueo, solitaria y más bien discreta como la suya tiene para ciertos biógrafos el encanto de una trama formidable, digna de ser librada del olvido con el fin de guiar la atención de nuevas generaciones de admiradores. Así de sencillo. Lo que podemos ver con la perspectiva de tantas entregas biográficas es que apenas hay en dicho relato descubrimientos incómodos, transgresiones deliberadas, intimididades con mucha miga o actos ricos de significación. Pero tanta resonancia en los medios masivos implica algo más. Porque acaso resulte muy tentador situar espejos frente a quien procuró esquivarlos en vida. Más precisamente, el cerco conlleva una impregnación del mismo desconcierto humano —la clave cabalística, el cajón lleno de prodigios y perplejidades por estrenar— en la obra y en su creador.

De otro lado, Borges se expide hoy en el mundo editorial como una poderosa franquicia: sea reclamando el nuevo hallazgo de textos poco divulgados, sea celebrando su identidad a la manera de un modelo magistral, digno de exégesis y de imitación. Podría decirse que el estado de tal afán proviene del portento que Fernando Savater localizaba en este hecho: convertir a un escritor prototípicamente minoritario en autor de masas. En definitiva, un contagio capaz de lograr que la prosa erudita y alusiva de Borges fuera anhelada por una audiencia multitudinaria —la cual, felizmente, aún persiste en ese culto—. Ni que decir tiene que todo ello también fructifica en emulaciones más o menos compulsivas de la ordenanza borgeana. Con todo, el escritor argentino decía que no hay ninguna razón para que un hombre sea famoso, y para confirmarlo con una elección muy pensada, recordaba cuánto admiró de niño el atributo original de *El hombre invisible*, de Wells. Puesto a coquetear con los prestigios, llegó a ennoblecer la derrota por encima de la victoria, por muy comfortable que ésta sea, e incluso proyectó esa preferencia en Kafka, a quien le importaba la obra, no la fama.

Se intuye, por otra parte, que algunos cultores sobrevaloran la

caracterización más reiterada por los medios masivos en Borges: la del artista clásico, desdeñoso del presente, extraído del encierro protector de la biblioteca en función del aprecio que le profesa el público (¿lector?). Apelando a los mismos emblemas, el conjunto de analistas borgeanos es bien heterogéneo y merecería distintas divisiones, aunque no faltan ese investigador que sitúa al argentino entre sus precursores y convierte el sondeo en una apelación gozosa, sin ajustes de cuentas ni otros elementos cuestionadores. En este nivel, la biografía puede convertirse en comercio con un imaginario perdurable, del cual no cabe juzgar las imperfecciones, pues, en definitiva, acá se trata de custodiar el perfil de quien halló en el conservadurismo un destino apacible. Cumple varios de estos requisitos quien firma la entrega motivadora de estas líneas: el periodista y escritor Xosé Carlos Caneiro (Verín, 1963), insistente en el universo poético por medio de ofertas como *Da túa ausencia* (1991), *Estación Sur* (1994) y *A Valga do triste amor* (1997), y enfrascado luego en la narrativa, a través de *O infortunio da soidade* (1992), *Loías, lucérnulas e outras historias no fío de Monterrei* (1995) y *Un xogo de apócrifos* (1997). Tras recibir el Premio Vicente Risco de literatura fantástica por *A rosa de Borges* (Sotelo Blanco Edicións, 2000), Caneiro vino a rivalizar con otros

partícipes del festín que venimos describiendo, y según parece, ello le sirvió para adentrarse en el universo que funda la presente entrega biográfica.

No cabe duda de que la intención de Caneiro puede ser resumida en los rasgos de carácter que aplica respetuosamente a Borges: soñador, pasional, dubitativo, entregado al destino. Por ello, en este libro abundan las alusiones al escritor solitario que camina entre sueños; al estilista cuya providencia era la literatura, lo cual, ciertamente, no disipa la cartografía misteriosas, habitual en estos casos. Asimismo, un confesado apetito por el texto definitivo que reúna las variaciones de relatos y poemas borgeanos a lo largo de los años implica cierta preferencia por el palimpsesto, que por añadidura redundante en el modelo espiral y especular que cuadra a la obra del escritor.

Digamos, para terminar, que si bien carece de novedades radicales, el rastreo documental de Caneiro es prolijo y su exposición, fluida; dos características que tienen virtud de convertir la obra en un manual accesible y cuidadoso, bien surtido de anécdotas que pueden movilizar la imaginación de los recién llegados al distrito de Borges.

Viene a cuento, *Prólogo de Pedro Vives, Tusquets Editores de Argentina, Agencia Española de Cooperación Internacional, Buenos Aires, 2003, 151 pp.*

He aquí los diez relatos seleccionados entre los mil doscientos presentados al concurso *Viene a cuento*, que Pedro Vives, director del Centro Cultural de España en Buenos Aires, organizó en torno a un empeño literario que arraiga en Argentina. Del desbroce y calificación de los originales se hizo cargo el jurado que integraban la escritora española Rosa Regás y sus cofrades argentinos Esther Cross, Liliana Heker, Vicente Battista y Sergio Holguín, acá identificables —al menos, en el plano de las casualidades— con un arbitrio a veces tan tornadizo y ceñido a servidumbres como pueda serlo el gusto de un lector no especializado, que prefiera el juicio de valor al método crítico. No obstante, en esta oportunidad, la meditación —¿el lugar común?— sobre los concursos y su forma de manifestarse debe ceder paso al elogio por una iniciativa enriquecedora, estimulada desde sus albores por la cooperación cultural hispanoargentina.

Una vez inspeccionadas las hechas literarias de los participantes, los calificadores entregan al público este puñado de cuentos, encabezados por los premiados en las tres primeras cotas: los pertene-

cientes a Gustavo Nielsen, Sandra Russo y Osvaldo Gallone. Se suscribía o no el escalafón, la colectánea, vista en su conjunto, tiene la virtud de reflejar esmero en el estilo, equilibrado nivel imaginativo y una capacidad fabuladora que se conduce con apreciables influencias norteamericanas, al compás de autores como Carver, Auster o Cheever, cuya solidez narrativa triunfa sobre todo entre los cuentistas más jóvenes. Claro que el panorama es veloz, el caudal generoso y cualquier impresión rebosa incertidumbre. Pero la serie consigue iniciar de ese modo un diálogo con las vocaciones que pugnan por abrirse camino en el ámbito editorial. Ninguna de las diez alternativas es frustrante, y varias, en particular las de Gallone y Fischerman, dan un paso más allá con agudeza de ideas y sólida exposición.

Los títulos incluidos en la obra y sus autores correspondientes se detallan a continuación: *El café de los micros*, de Gustavo Nielsen, *Verde manzana*, de Sandra Russo, *Imágenes del pasado*, de Osvaldo Gallone, *Cuatro fantásticos*, de Fabián Casas, *Los Fernández Górgolas*, de Mariano Nicolás Donadío, *La bandera*, de Diego Fischerman, *La corrida*, de Hernán Galdames, *La importancia del agua para la navegación*, de Pablo Mendívil, *Luz roja*, de Catalina Rotunno y *Néstor y Alicia*, de Sandra Russo.